

HOMENAJE A LAS FUERZAS MILITARES DE COLOMBIA

La Sociedad Bolivariana de Colombia rindió el pasado 24 de agosto un sentido y cálido homenaje al Ejército, La Armada y Fuerza Aérea y con tal motivo en solemne ceremonia impuso al pabellón de las Fuerzas Militares la "Medalla Bolivariana" que le había sido concedida por unanimidad. A nombre de la Sociedad llevó la palabra don Guillermo Hernández de Alba, Miembro de número de dicha corporación. Sus palabras se insertan a continuación.

Noble tradición que enorgullece a esta Casa de Bolívar, la de renovar año tras año su homenaje a las Fuerzas Armadas en cuyo historial se resumen la gloria de los Libertadores y la grandeza nacional. A los días mismos del nacimiento de la Patria, en 1810, se remontan sus orígenes cuando se confía a las milicias nacientes la custodia, la tutela, la defensa, la preservación de los ideales republicanos inspiradores del surgente Estado.

De muy antiguo la carrera militar ha sido la meta seguida por escogida juventud en busca de acrecentar el lustre de sus linajes, el honor de la estirpe y decorar con gloriosos símbolos heráldicos el limpio mantel de sus escudos. Ningún hecho tan notorio como la acción heroica en los campos azarosos del honor y de la guerra, de ella surgen los caudillos, los capitanes y sus tenientes, los generales y los mariscales, varones de excepción dechados de "hombres buenos", sin miedo y sin tacha; ninguna carrera ascensional con mayor dignidad y honor como la de las armas.

Tan selectas y exquisitas han de ser las cualidades del militar que practicadas todas noblemente le constituyen en el

modelo perfecto del caballero, del hombre de bien, del ferviente republicano, del patriota integral. El destino es la gloria, el valor, la fidelidad, la obediencia, el secreto, la paciencia, el celo en el servicio, la vigilancia, la verdad, la firmeza, el desinterés, la sobriedad y la austeridad, gradación de virtudes soberanas acrisoladas para mejor servir a la Patria en el culto esmerado de las leyes que la distinguen y organizan, como lo propone el sabio Coronel de Ingenieros Francisco José de Caldas en su luminosa lección inaugural a sus alumnos de la Escuela de Cadetes establecida en Antioquia en 1814. Uno solo de sus discípulos, José María Córdova, es suficiente para demostrar que el Sabio Caldas no pierde sus lecciones ni sueña ideales.

Vestir el uniforme del soldado es prepararse para toda clase de sacrificios en aras de la Patria, hasta rendir la vida si fuere preciso en defensa de la nacionalidad; es ascender por la escala de la gloria hasta alcanzar el heroísmo clásico: "Entre los antiguos paganos al que creían nacido de un dios o de una diosa y una persona humana era el Héroe, por lo cual le reputaban más que hombre y menos que dios, como Hércules, Aquiles o Eneas".

Grandeza de alma y de carácter es la norma que da la medida del hombre cercano al heroísmo y estas son las cualidades inmanentes del buen militar. Milicia que equivale a disciplina, es la base de su educación dirigida totalmente a convertir al neófito hacia el amor desinteresado y profundo por la Patria, sin medir consecuencias ni sacrificios. Es darse todo en ofrenda del más alto ideal humano, el que se sintetiza en la patria, con la suma de cosas materiales e inmateriales, presentes y futuras que cautivan la amorosa adhesión de sus hijos.

Héroes son los fundadores de nuestra nacionalidad: militares y civiles que en el ágora o en los campos de batalla, en las asambleas o en posiciones menos elevadas todo lo entregan para consolidar la República en el antiguo Nuevo Reino de Granada. Los Comuneros, primeros en entender el poder del pueblo unido; Nariño con los Derechos del Hombre, diez años más tarde; el ejemplo de la primera democracia de la América septentrional, después; y las lecciones augustas de la sabiduría de José Celestino Mutis, que hace prender en sus

discípulos una nueva pasión, el amor por la tierra americana que una vez conocida debería poseerse con autonomía política; el desgobierno del Virrey Amar, la invasión napoleónica a la lejana Madre Patria, nos conduce a los sucesos de 1809 y particularmente al glorioso 20 de Julio de 1810, cuando con la patria nacen sus defensores intrépidos, militares y civiles que confundirán su sangre generosa en toda clase de batallas o en el infamante patíbulo de la reconquista.

El Acta de Independencia registra los nombres de dos oficiales criollos al servicio hasta entonces de la monarquía, Antonio Baraya y José de Ayala Vergara, que al ponerse decididos al frente del Batallón Auxiliar, convierten sus milicias a la fe republicana y dan origen al naciente ejército antepasado inmediato de las Fuerzas Armadas de Colombia a las que hoy celebramos jubilosos. Baraya y Ayala cumplido su periplo, alcanzan en el cadalso la excelsitud del heroísmo. Son ellos la simiente de las milicias de la revolución en cuyas filas forman desde niños de 12 años a quienes el Coronel español José Ramón de Leyva convertido a la fe republicana, adiestra en la primera Escuela Militar. Conmueve la decisión de tanto patriota, así sea de edad proecta, para alistarse presuroso en los escuadrones de los primeros regimientos nacionales: los de Milicias de Caballería, Voluntarios de Infantería, Granaderos y Fusileros y el Batallón de Guardias Nacionales de la capital Santafé de Bogotá. La plana mayor la forman los más respetables caballeros y burócratas de la ciudad; no importa su ignorancia en el manejo de las armas, porque tienen bien sabidos los anales de la antigüedad greco-latina y en las páginas de César, de Tácito o de Tito Libio y Plinio, su diaria lectura, aprenden la lección de los héroes.

Como se canta en la más hermosa estrofa de nuestro Himno Nacional:

“De Boyacá en los campos
el Genio de la gloria
con cada espiga un héroe
invicto coronó.
Soldados sin coraza
ganaron la victoria,
su varonil aliento
su escudo les sirvió”.

Y es así. Con el nacimiento de la Patria, surgen los estrategas, los instructores, los caudillos. Humildes soldados alcanzan las altas dignidades a impulso de su atrevimiento y heroísmo; en sus filas se mezclan las clases y las castas en la más hermosa lección de igualdad y legan como herencia magnífica a sus sucesores de todos los tiempos la lección perenne de cómo deben amarse la patria y la libertad hasta el sacrificio con la entrega generosa de la vida.

Ninguno de los órganos del poder público en que se establece la República expresa como las Fuerzas Armadas el más acendrado concepto de patria. ¿Quién al oír los clarines al contemplar la marcialidad de un desfile, al ver tremolar los estandartes, no siente vibrar ese íntimo e intenso sentimiento de colombianidad? ¿No siente el orgullo de sus ejércitos y se inunda de paz al pensamiento de que en esos hombres, infantes, artilleros, ingenieros, hombres de caballería, marinos y aviadores descansan la seguridad y el honor nacional? ¿Qué en esas filas compactas al ritmo único de la marcha, desfilan cientos y cientos de presuntos héroes, como los heridos de muerte por el plomo traicionero y fratricida de los alzados en armas, de los reos comunes o de la traidora venganza?

No encuentra el que os habla la palabra digna para calificar la tarea insomne de las Fuerzas Armadas organizadas de manera ejemplar en armoniosa variedad y ejemplar unidad, para orgullo nacional, honor y ejemplo en Hispanoamérica. Noblemente dirigidas al cumplimiento de cuanto para ellas está prescrito en la Constitución de la República de la cual son los guardianes que velan sus armas al pie del pabellón nacional, montando guardia ante el altar de la Patria donde se venera la Suprema Ley.

Integradas sus filas por hombres, organizadas por hombres, dirigidas por hombres, es imposible que brille siempre en ellas la plenitud de las virtudes encarecidas por el sabio Caldas, pero sí es cierto que pocos cuerpos militares aventajan en cualidades al de nuestra patria, conducidos siempre por diestras y severas manos jamás ofuscadas por el brillo refulgente de las estrellas indicadoras de la jerarquía. Acentuando cada día su vocación civil; convirtiendo a los reclutas en verdaderos ciudadanos; ilustrándolos en letras y en las ciencias castrenses,

haciendo de ellos hombres cabales por su honestidad, su sentido del deber y su permanente disposición para el servicio. Los reclutas regresan a la vida civil dotados de armas espirituales, constituidos en hombres de bien, de corazón bien puesto y con el orgullo de haber servido a su Colombia, silenciosamente, eficazmente, heroicamente.

La alta escuela bajo cuya conducta se forma la oficialidad y le permite realizar con aplauso el discurso cervantino de las armas y las letras, está presente y se admira en la recia disciplina que la rige, en la respetabilidad y autoridad de sus altos mandos formados en las ciencias, doctrinados en los libros clásicos de la milicia que profesan; sabedores de que cuanto guardan en su mente y corazón es para ofrendarlo en cualquier momento a la Patria, de la que son soldados que buscan también su progreso material al que contribuyen con sus propias manos, así como a la preservación de la manera cívica que es patrimonio nacional.

Sean estas pobres palabras un tributo de gratitud y admiración para cuantos en estas últimas décadas de dolor patrio han caído en el campo inevitable de batalla, por defender y buscar la paz que tantos malos hijos de Colombia le han arrebatado, interrumpiendo así el camino ascensional de su progreso, atentando contra la tranquilidad en todas partes y cobrando vidas preciosas de la patria segadas de sus filas militares.

La historia de nuestro ejército es la de la República. "Soldados", proclama el Libertador, Jefe inmortal: "La igualdad, la libertad y la independencia son vuestra divisa", y en otra parte: "La gloria, el móvil de la noble profesión de las armas, es el más poderoso estímulo, para que los hombres arrostran los peligros, olvidándose de sí mismos, por la felicidad de sus conciudadanos. Sólo los honores, tributados a los talentos y virtudes militares, pueden ser una digna recompensa de los heroicos sacrificios que hacen los defensores de la patria, pero éstos perderían sus atractivos para las almas grandes, si no fueran el testimonio de servicios hechos por la libertad y la justicia, combatiendo a los opresores de la humanidad". (22 de octubre de 1813 al fundar la Orden de los Libertadores de Venezuela).

En estos días de incertidumbre, en espera de que de nuevo brille el sol de la paz en Colombia, tenazmente, heroicamente buscada por el primer mandatario de la nación, es de elemental justicia que las Fuerzas Armadas reciban el homenaje nacional por la manera serena, decidida y heroica como han sabido enfrentarse a las guerrillas opresoras que pretenden conculcar los más sagrados y elementales derechos de los ciudadanos a pretexto de buscar erradamente nuevas maneras político-económicas para la conducción del país, caminos engañosos y vedados ajenos a la tradición nacional fiel al emblema de su escudo "Libertad y Orden". A la consecución de la anhelada paz las Fuerzas Armadas han consagrado toda clase de esfuerzos y de sacrificios. Al alcanzar la buena parte de esa gloria les pertenece para acrecentamiento de su tradición heroica y testimonio imperecedero de su fidelidad a la patria que los numera entre sus hijos mejores.

La augusta ceremonia que acabamos de presenciar, marcha triunfal y glorificación del Estandarte del Comando General, constituye el magno homenaje que la Sociedad Bolivariana rinde hoy a las Fuerzas Armadas de Colombia como expresión de su admiración, gratitud y aplauso.